

## ARCHIPIÉLAGO Y ARQUEOLOGÍA: MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS NACIONALES

Beatriz GONZÁLEZ-STEPHAN\*

Para empezar quiero traer a colación algunas de las ideas de Giorgio Agamben que nos pueden servir de plataforma para repensar tanto la naturaleza de los archivos como lo que sería la construcción historiográfica de nuestra cultura del siglo XIX desde el XXI. Agamben se pregunta: “¿De quién y de qué cosa somos contemporáneos?”, porque la historia concebida dentro de perspectivas lineales ha alisado la compleja heterogeneidad y asimetría temporal de nuestras realidades literarias y culturales, que se resisten al orden cronológico y al anclaje excesivamente local. El hoy exige una mirada desfasada o estrábica que sea capaz de ver no sólo lo que está iluminado por el presente, sino también lo que ha quedado en la penumbra. En sus palabras:

[...] contemporáneo es aquel que mantiene la mirada fija en su tiempo para percibir no sus luces, sino su oscuridad [...] y sólo aquel que percibe en lo más moderno y reciente los índices y las signaturas de lo arcaico puede ser su contemporáneo [...]. Los historiadores de la literatura y el arte saben que entre lo arcaico y lo moderno hay una cita secreta; y no tanto porque las formas más arcaicas parecen ejercer en el presente una fascinación particular, sino porque la clave de lo moderno está oculta en lo inmemorial y lo prehistórico [...]. En ese sentido puede decirse que la vía de acceso al presente necesariamente tiene la forma de una arqueología (2014: 21, 26-27).

Ahora, tengamos presente la idea de “arqueología” para que, al atender al siguiente ejemplo, que es además divertido y extravagante, nos permita ilustrar el comportamiento transversal y fluido de las manifestaciones culturales que muchas veces escapan al marco constreñido del Estado nacional, a una periodización estrecha y reticular, y a las limitaciones del canon letrado. El ejemplo

\* Profesora del Departamento de Español, Portugués y Estudios Latinoamericanos de Rice University, Houston, Texas, donde ocupa actualmente la Lee Hage Jamail Chair en Literatura Latinoamericana.

en cuestión es en su naturaleza completamente ajeno al tema historiográfico, y podría por ese lado parecer un exabrupto; por otra parte, invitamos a verlo como una posible alegoría del comportamiento móvil y poroso en espacio y tiempo que tienen los fenómenos culturales y literarios.

Hace pocos meses, en mayo de 2017, el periódico español, *El País* difundió en sus páginas la primicia de una novela recién publicada, *El cuerpo eléctrico* (2017), del escritor mexicano-catalán Jordi Soler (nacido en Veracruz en 1963), que relata la vida excepcional de Lucía Zárate, mujer que apenas medía cincuenta centímetros y pesaba dos kilogramos. Nacida en San Carlos, Veracruz, en 1864, fue descubierta por el diputado mexicano Cristino Lobatón, quien al calibrar el lucrativo potencial de sus diminutas proporciones, la convirtió en objeto de exhibición a lo largo y ancho del hemisferio norte. De hecho, aprovechó la Exposición del Centenario de la Independencia de los Estados Unidos, realizada en Filadelfia en 1876, para introducirla en el universo del espectáculo de curiosidades humanas (*freak shows*): el éxito fue tan contundente que durante los siguientes diez años entretuvo al público norteamericano y europeo, tanto masivo como erudito (el Presidente la invitó a la Casa Blanca, como luego en 1881 la reina Victoria también satisfizo su curiosidad recibéndola en el Palacio de Buckingham). Fascinaba por su inteligente conversación en ambas lenguas, inglés y español, en lo que el *Washington Post* refrendaría como “the marvelous Mexican midget”. Se hizo de una buena fortuna a pesar de haber sido “vendida” al General Mite (Francis Joseph Flynn), empresario de este tipo de espectáculos y otros, como los panoramas, dioramas, vistas ópticas, muy comunes en la cultura del entretenimiento de la época. Invitada en 1890 a San Francisco, California, murió a los 26 años congelada en el tren atascado en la nieve. La hacienda que dejó a sus padres en Cempoala, Veracruz, “Casa Grande”, fue convertida en museo en el año 2011.

Desde otro contexto, Jordi Soler, sensible a los espectáculos circenses desde su infancia, encontró la historia de su otrora compatriota Lucía Zárate óptima para su recreación: interconectaba con sus “delirios” personales por enanos, pero también, como él mismo declara, que Cristino Lobatón pudo triunfar comercialmente en los Estados Unidos porque “hay una legión de individuos que era capaz de pagar por cualquier espectáculo que se presentara”. Lo mismo que ocurre hoy en día con series de televisión, Google, Facebook, Twitter...

En otro de los circuitos de la cultura del libro, por un lado, en el ámbito académico, algunos trabajos de investigación han ido entregando notables aportes sobre el tráfico de fenómenos humanos —entre ellos no sólo Juliana Pastrana, también mexicana— en el universo de las exposiciones universales del siglo XIX (como *Informal Empire. Mexico and Central America in Victorian Culture* (2005), de Robert Aguirre) y, por otro lado, en el ámbito

de la literatura *light*, la escritora ecuatoriana residente en California, Cecilia Velástegui, también acaba de poner en circulación su *best seller* *Lucía Zárate*, versión ésta con ingredientes garciamarquianos. Como podemos ver, a más de un siglo de la afamada vida de esta liliputiense, que fue un doble fenómeno en vida, aún promueve rentablemente la producción cultural impresa, así como permite movilizar a los turistas para visitar la casa-museo de celebridades.

Como éste hay muchísimos ejemplos más: para adscribirnos al campo literario, autores que nacen en un país, y escriben su obra en otro; escritores y textos desterritorializados por diversas razones, como pueden serlo los exilios, las migraciones, las apropiaciones vía traducción, o incluso letras que se han producido en una región y en un idioma que posteriormente han sido colonizados (por ejemplo, a qué literatura “nacional” pertenecerían los textos en español publicados desde el siglo XVIII hasta entrado el XX en Texas, California, Arizona, Nuevo México...); o el caso del cubano Francisco Manzano, cuya autobiografía fue solicitada para favorecer la causa antiesclavista norteamericana e inglesa, primero publicada en inglés hacia 1840 y muy tardíamente traducida al español; o la vida de autores y obras llevadas al cine y a las series de televisión.

Vista así la cultura como un sistema de vasos comunicantes, de fronteras porosas donde los sujetos y textos fluyen a través de diversas geografías, públicos consumidores y temporalidades entrecruzadas, donde manifestaciones de la cultura de masas son absorbidas por diversos tipos de cultura impresa (letrada y popular), hoy por hoy se va haciendo cada vez más inoperante concebir sólo la producción “literaria” (bellas letras) separada de diversas prácticas culturales, así como su historiografía ceñida a las fronteras nacionales. Por otra parte, y vale la aclaración, tampoco queremos desechar completamente la categoría de “literatura nacional” como su historización, pero sí tener presente que las “historias literarias nacionales” son ficciones discursivas que ordenan un *corpus* de obras e instituciones de alguna forma adscritas a la idea de Estado-nación, que es a su vez una formación histórica provisional que ha alcanzado su punto álgido en el siglo XIX y parte del XX, y su debilitamiento y crisis en los tiempos que corren. La cuestión es tener el marco nacional presente, pero con una mirada estrábica, y atender a formaciones culturales regionales e intercambios hemisféricos y transatlánticos a manera de circuitos superpuestos y vinculados.

El ejemplo que hemos dado al comienzo nos indica el desfase entre las categorías metodológicas que la historiografía tradicional ha estado manejando (la obsesión por fijar orígenes genealógicos de corte patrilineal y adscripciones nacionales monolíticas; periodizaciones de cortes duros y estrictamente cronológicos; homogeneización del objeto en compartimentos estancos: o son obras impresas de la cultura de élite o son manifestaciones populares; o son obras de

mujeres, o es literatura indígena, y así...), y el modo como se comportan y circulan las manifestaciones culturales y sus productores.

Al respecto, quiero mencionar aquí el reciente libro *Nineteenth-Century Spanish America. A Cultural History* (2015) de Christopher Conway, que aunque sólo aborda la América Hispánica sin abrazar una perspectiva hemisférica, puede ser visto como un posible modelo para dar cuenta de los procesos culturales del XIX: rompe con la cuadrícula del Estado-nación, sin descuidar la pertenencia regional de los textos; propone un período de larga duración que le permite presentar con flexibilidad la cultura como proceso a lo largo de la centuria, sin dejar de hacer las matizaciones pertinentes con respecto a las primeras décadas de las repúblicas y luego el fin de siglo; organiza el material literario y cultural (manifestaciones letradas y populares, escritas y orales, impresas y performáticas) alrededor de una serie de ejes imantadores de sentido, a manera de matrices epistémicas, que a la vez interconectan las diversas prácticas culturales de acuerdo con los diversos actores sociales (élites criollas y masas populares), pero también marcando las diferencias dentro de un comparatismo contrastivo. Los ejes que el libro propone son: *culturas* (explora las tensiones entre “civilización y barbarie”), *ciudades*, *imprentas*, *teatralidad*, *imagen*, *musicalidad* y *cambio*. Inevitablemente, al arriesgar un nuevo modelo comprensivo trabaja con muestras muy selectivas y emblemáticas, sin duda atinadas y muy provechosas, porque cualquier historiografía que se proponga para las próximas décadas deberá alejarse del simple catálogo.

Por tanto es necesario que la “historia literaria” salga de sí y se inquiete ante la interrogante de cómo pensar su objeto, su dispersión y discontinuidad. En palabras de Graciela Speranza, “hay que hacer saltar los marcos, apostar por una heterogeneidad que no quiere sintetizar con las certezas de la ciencia o de la enciclopedia, ni clasificar como el diccionario, ni describir exhaustivamente como el archivo, sino descubrir las relaciones íntimas y secretas de las cosas, las correspondencias, las analogías” (2012: 14).

En otras palabras, se trata de atender cómo las manifestaciones literarias y culturales se desplazan por varios territorios, convocan diversas audiencias, pueden ser articuladas con diferentes archivos; cómo la alta cultura interactúa con las expresiones populares y la industria cultural y cómo las formas impresas también dialogan con formatos visuales. Es decir, el hecho mismo de que la literatura-cultura deje de ser un continente acotado de textos, para convertirse en un archipiélago con múltiples conexiones. Dejar la insularidad (definidas pertenencias geográficas/genéricas/discursivas/canónicas estables) para ver los procesos no *en* islas sino *entre* islas, en un ir y venir: una lectura y una comprensión intersticiales.

## APROXIMACIONES HEMISFÉRICAS

## DE ESTE LADO

El estudio de ambas Américas, bien como un solo bloque hemisférico, o bien comprendido en su sentido comparativo —la América Anglosajona y la América Hispana o la América Latina—, sin dejar de ser problemática la ideología subyacente que controla en cualquiera de los casos la formación geopolítica de tan vasta área, tiene una no corta trayectoria, y en cada caso su configuración obedece a motivos políticos determinados por la específica coyuntura histórica.

Muy a grandes rasgos, Arturo Ardao en su *Génesis de la idea de América e idea de América Latina* (Caracas, 1980) y más recientemente Walter Mignolo en *The Idea of Latin America* (2005) nos recuerdan que “América” fue una invención europea para la expansión y fortalecimiento de proyectos imperiales de las grandes potencias del viejo continente en competencia, y que en cada caso proyectaron sus imaginarios utópicos y fóbicos sobre estas geografías, matizando el nombre en la medida que negociaban y se apoderaban de los espacios de esta geografía. Esto fue entendido como la difusión de la “civilización” europea en tierras “baldías” (en términos de Bolívar Echeverría, fue la expansión de “la blanquitud de una modernidad capitalista”). Y lo que Mignolo explica es que no puede haber modernidad sin colonialidad, y ese es precisamente su lado oscuro, una paradoja enmascarada bajo la ideología del “progreso”.

En las décadas de ruptura tanto con el orden colonial británico como con el imperio español (luchas emancipatorias que se extienden desde finales del siglo XVIII hasta más allá de mediados del siglo XIX), la idea de “América” era sinónimo de “Nuevo Mundo”: tanto Simón Bolívar como Thomas Paine lo usaron para oponerlo a Europa, como un Viejo Mundo, porque todo el hemisferio occidental (norte y sur) era vislumbrado como espacio de nuevas promesas y diversos proyectos utópicos: desde el más radical como Haití, pasando por las sublevaciones de Tupac Amaru, los comuneros de Nueva Granada, Tiradentes en Brasil, las confabulaciones de Francisco de Miranda y la serie de movimientos independentistas encabezados por los Estados Unidos de Norteamérica y luego los países de la América Hispánica. Se concibió el continente como *un* laboratorio para ensayar proyectos antimonárquicos, donde Filadelfia pasó a convertirse en el eje y centro difusor de las nuevas ideas expresadas en varias lenguas. Fueron décadas auténticamente “transamericanas”.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Al respecto sugerimos los trabajos de Brickhouse, 2004; Lazo, 2008; Klooster, 2009 y Briggs, 2010, entre otros, como muestra de una intensa interconexión de redes, lecturas, libros, documentos que circulaban e intelectuales que viajaban entre ambos hemisferios, así como también

Poco después “América” devino “Latina” con la nueva expansión francesa en México; “Hispana” para demarcar una comunidad diferencial hermanada con la antigua Madre Patria ante los avances imperiales de la América Anglosajona a fines del XIX (que bien José Martí calificaría como “la otra América”, la que no es “nuestra”); “Indoamérica” en los años treinta para acentuar el componente indígena y no criollo; “Iberoamérica” porque se había dejado de lado la parte lusitana... (salvo honrosas excepciones como *Las corrientes literarias en la América Hispánica* de Pedro Henríquez Ureña, cuya primera edición en inglés data de 1945, y que incluía felizmente al Brasil). En cada una de estas operaciones semánticas una buena parte de la heterogeneidad cultural del continente y del Caribe era sacrificada en aras de una homogeneidad lingüística acorde a las sensibilidades de las inteligencias criollas más ligadas culturalmente a las metrópolis europeas (Ardao, 1993; Buena, 1996).

Es a partir de los años posteriores a la Revolución cubana, concretamente entre las décadas de 1970 y 1990, que se tomó conciencia de que esa América Latina, concretamente el hemisferio sur por razones políticas, desde el Río Grande hasta el Cabo de Hornos, debía ser geográficamente remapeada, ya que no sólo se había dejado fuera al Caribe como conjunto multilingüe, al Brasil, otras zonas como las Guyanas, Suriname, Belice, y sobre todo la intrínseca densidad lingüística, étnica y cultural de varias regiones del continente. Como muestra un botón: en Guatemala hay 40 dialectos indígenas; en Bolivia, aparte del aymara y el quechua, hay 45 lenguas más; en Guyana se produce literatura en inglés y también en creole, hindi, urdu y arahuaco; en Suriname el holandés es la lengua oficial, pero su literatura se da también en sranan tongo, indostánico, javanés, arahuaco y caribe; y el Perú es claramente bilingüe, ya que dominan el español y el quechua. En ese sentido este nuevo reconocimiento de un mapa multiforme y plural de varios sujetos sociales productores de cultura permite pensar que las orientaciones postcoloniales y subalternas de la crítica latinoamericana estaban ya en esos años a la vanguardia de la disciplina.

Se abrieron intensos debates teórico-metodológicos para reconceptualizar el mapa de una “América Latina” con nuevas implicaciones geopolíticas, pensando la capacidad de articular dentro de un conjunto las variables regio-

---

intercambios entre las Américas y Europa. Sólo pensar que a fines del siglo XVIII la ciudad de Filadelfia pasó a convertirse en el eje imantador de una cultura revolucionaria, independentista, tanto para los antimonárquicos españoles como para los hispanoamericanos, con una infraestructura de imprentas y periódicos que publicaban para lectores hispanohablantes diseminados por vastas regiones. Sólo para mencionar casos harto conocidos: la primera novela mexicana, *Jicoténcal*, de 1826, salió a la luz en esa ciudad; y todavía mucho después el muy conocido *Manual de Urbanidad* del venezolano Manuel Antonio Carreño fue publicado en 1855 simultáneamente en Nueva York y Caracas. Sin duda esto garantizó su éxito a ambos lados del Atlántico.

nales en tanto coexistencia de varios sistemas literario/culturales distintos, con temporalidades asimétricas (lo que Carlos Rincón llamó “la simultaneidad de lo no simultáneo”, e Ileana Rodríguez “periodización sistadial”, para referirse concretamente a la asincronía de ritmos temporales en los procesos culturales del Caribe insular),<sup>2</sup> y la atención de sujetos y culturas subalternizadas. Un conjunto no pensado en su *unicidad*, sin buscar unidimensionalizar y alinear sus manifestaciones culturales; sino comprendido en su naturaleza heterogénea, y sobre todo atravesado por la historia común de la colonialidad: lo que bien Antonio Cornejo Polar llamó *totalidad heterogénea contradictoria*, marcando la distancia con las ideologías del mestizaje (a saber, con el cubano Fernando Ortiz, con Mariano Picón-Salas, y con el concepto de “hibridez” de Néstor García Canclini), que resolvían complacientemente las diferencias para crear una cómoda e ilusoria síntesis, precisamente donde había lógicas culturales disímiles. La categoría de pluralidad es clave “porque cada grupo étnico y clase social experimentan la historia de manera distinta; pero la pertenencia a esa misma historia instauro una red articuladora cuya base es la contradicción” (Cornejo Polar, 1987: 127).

Luego se llegó a concebir las literaturas del área como un archisistema constituido por la simultaneidad y el paralelismo de varios subsistemas a nivel nacional, regional y continental. Se consideró que la comunidad que había pasado por condiciones históricas parecidas no tenía por qué tener sólo *una* literatura. La construcción de ese sistema debería dar cuenta de las variables regionales —aún no se pensaba en términos trans o interhemisféricos— para establecer relaciones dialógicas de semejanza y oposición entre formaciones discursivas espacial e históricamente distanciadas; es decir, retomar una perspectiva comparativa interregional que permitiera ver contrastes y/o semejanzas de procesos culturales/literarios no necesariamente cercanos (González-Stephan, 2001).

Los foros más intensos de estos debates se dieron en Caracas, La Habana y Campinas, y fueron recogidos en gran parte por Ana Pizarro en los volúmenes de *La literatura latinoamericana como proceso* (1985) y *Hacia una historia de la literatura latinoamericana* (1987), así como en un número monográfico de la *Revista de crítica literaria latinoamericana* (1986) coordinado por Alejandro

<sup>2</sup> Para el concepto de periodización “sistadial” (“systadial periodization”), véase Rodríguez y Zimmermann, 1983. También son muy productivas las ideas de Édouard Glissant (1997) para superar una concepción lineal de los procesos culturales; es clave su propuesta de una “poética relacional” dentro de una episteme rizomática, capaz de interconectar procesos culturales distantes y discontinuos en constelaciones yuxtapuestas. El Caribe le ha servido de laboratorio para arriesgar modelos alternativos.

Losada. Acotemos que durante la década de los ochenta ya era un reto el modo de cómo articular el Caribe insular como un conjunto a la literatura del continente latinoamericano: las limitaciones del monolingüismo eran convincentes; sin embargo, no se veían la conexión y los puentes entre las literaturas hispanohablantes de ambos hemisferios.

Al respecto vale la pena detenernos muy brevemente en una de estas reuniones (la de Caracas en 1982) a propósito de la posible inclusión de las literaturas latinas o hispanas producidas en los Estados Unidos, inclusión no del todo clara en ese momento dado el marco antiimperialista que permeaba las relaciones interhemisféricas. Particularmente Antonio Candido y Domingo Miliani destacaron la importancia de Casa de las Américas en viabilizar la integración de ambas Américas: poco tiempo atrás, en 1976, el primer escritor chicano, Rolando Hinojosa, ganaba el Premio de Casa con su novela *Klail City y sus alrededores*; este premio y otros más que serían piedra angular para que otro chicano, José David Saldívar, en su libro *The Dialectics of Our America* (1991), reconociera a La Habana y Casa de las Américas como un nuevo eje para integrar literaturas latinas del norte a las latinoamericanas.<sup>3</sup> Al respecto Antonio Candido enfatizaba que ahora había una diferencia política medular: ya no era Washington quien convocaba, “porque ahora estamos conversando sin mediación de las potencias imperialistas [...], ahora somos nosotros los que convidamos, por lo tanto ahora es otra la perspectiva” (Candido en Pizarro, 1987: 72). Miliani, a su vez, sugería incorporar a ese proyecto historiográfico la literatura norteamericana, y la pensaba no sólo en relación a la chicana, sino porque la veía con una serie de otras tradiciones que la podían acercar más a la literatura latinoamericana:

Yo soy partidario, desde un punto de vista de un estudio global comparativo, de hablar de la literatura de América [...]. Hay una literatura afronorteamericana como

<sup>3</sup> Nos permitimos citar *in extenso* las propias palabras de José David Saldívar, que en medio de la crisis de los estudios americanos de ese momento (también por exclusiones de las literaturas de grupos étnicos no blancos), proponía nuevas afiliaciones de configuración del canon: “I propose that we take the Casa de las Américas cultural conversations between Havana and the United States as a possible model for both a broader, oppositional American literary history and a new comparative cultural studies project [...]. To be sure, all of these pan-American writers are rewriting American History from a subversive, ‘Calibanic’ typology, in opposition to the U.S. ruling ‘center’” (1991: 17). El pensamiento de José Martí así como el de Roberto Fernández Retamar han sido decisivos en la academia norteamericana en las últimas décadas para establecer la naturaleza subalterna y alternativa de la literatura US latina y deshacer la concepción monolítica y monolingüe de la literatura norteamericana, pensándola también en términos de su pluralidad.



la de Langston Hughes que tiene mayor influencia en la literatura cubana y en la literatura caribeña que la que puede tener posteriormente Hemingway o Faulkner [...], encontraríamos para Nicolás Guillén el modelo en Langston [...], la coherencia está dada como unidad translingüística (Miliani en Pizarro, 1987: 74-75).

Y Roberto Schwartz, también presente, consideró especialmente enriquecedor incorporar justo para el siglo XIX la literatura de los Estados Unidos, porque con Brasil “había mucha cosa que comparar, como Henry James con Machado de Assis, y no sería una arbitrariedad” (Schwartz en Pizarro, 1987: 31).<sup>4</sup>

Como resultado concreto de este clima de revisión crítica, salieron a la luz dos monumentales proyectos de carácter historiográfico: *América Latina. Palavra, Literatura e Cultura* (3 volúmenes, 1993-1995), obra que a la postre no resultó ser cabalmente ni una historia propiamente dicha ni tampoco comparativa. La misma coordinadora en su prólogo advierte que las enormes dificultades de realizar una investigación tan ambiciosa a nivel continental “nos hicieron renunciar al proyecto inicial, transformando la Historia en la publicación de ensayos dispuestos en orden cronológico” (Pizarro, 1993, I: 15). La literatura chicana figuró al final como breve *addenda*. Y el otro, coordinado por Mario Valdés y Djelal Kadir, *Literary Cultures of Latin America. A Comparative History* (3 volúmenes, 2004), y en el que se reúnen cientos de investigadores, donde cada uno terminó por abordar su tópico desde una perspectiva local y particular. Si bien es una obra de gran utilidad, resulta un mosaico de piezas dispuestas en unidades discretas.

De alguna forma estos dos proyectos, inspirados por una voluntad comparatista, sin duda necesaria, evidencian los límites de lo posible y deseable, y las enormes dificultades de dar cuenta de un archivo tan vasto y complejo, amén de la variedad de enfoques y métodos de cualquier equipo de investigación con trayectorias académicas distintas.<sup>5</sup> Pero también de algún modo se inscriben en

<sup>4</sup> Si incorporamos las propuestas de Édouard Glissant (1997), son las estructuras de sociedades de plantación las que permitirían establecer procedimientos comparativos distanciados y acercar al Brasil con el sur de los Estados Unidos.

<sup>5</sup> A lo largo de la misma historia de la historiografía literaria latinoamericana han habido intentos por integrar las Américas en un solo conjunto, sin destacar demasiado las diferencias. Recordemos el monumental trabajo de Luis Alberto Sánchez, que precede a los de Pizarro y Valdés y Kadir, en su *Historia comparada de las literaturas americanas* (1973-1976), que amén de ser una enciclopedia, repositorio de autores y obras, intenta hacer conexiones comparativas interesantes, como relacionar al poeta quechua Walparrimachi Maita con las literaturas indígenas vivas contemporáneas, o el modo como los cronistas anglosajones incorporan a Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Incluye autores de ambas Américas por períodos y generaciones en un mismo plano. Su perspectiva hemisférica no es contrastiva, sino que obedece más a un espíritu panamericanista de confraternización continental. Si se quiere, repone la Doctrina Monroe en la esfera literaria.

el legado dejado por José Enrique Rodó y refrendado por Roberto Fernández Retamar, al establecer una distinción radical entre las dos Américas, dadas las políticas imperialistas de los Estados Unidos, reelaborando en cada caso de modo distinto la figura de Calibán una vez asimilado al pragmatismo y utilitarismo del norte y, en el caso cubano, símbolo de un hemisferio contestatario que resiste la colonialidad.

Desde este lado, la larga tradición de una historia intelectual latinoamericana en posición de resistencia, aunque políticamente justificada, ha impedido desarrollar un concepto más fluido y menos rígido de lo “latinoamericano”, para poder entrar en diálogo y reconocer las culturas de origen hispano de los Estados Unidos como parte de una agenda transfronteriza e interhemisférica. En este caso no sólo habría que pensar más allá de las naciones, sino incluso más allá del tradicional latinoamericanismo. En no pocas oportunidades los latinoamericanistas han visto el Estado-nación precisamente como una protección contra el expansionismo cultural y militar del Estado-nación de Norteamérica, que se concibe desde el siglo XIX como agente hegemónico transhemisférico (Bauer, 2009: 236).

#### *DEL OTRO LADO*

Del mismo modo, cuando se habla de “comparatismo” en los estudios literarios o culturales, hay distintas aproximaciones. Hacer la comparación entre textos/ autores más o menos similares (por ejemplo el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento y *El último de los mohicanos* de Fenimore Cooper, o Simón Rodríguez y Thomas Paine),<sup>6</sup> procesos genealógicos o trayectorias o textos que de por sí tienen una dimensión constitutiva interamericana (como los escritos de José Martí, que se presentan como bisagra interhemisférica). Se podría preguntar de qué comparativismo estamos hablando. Así, por tanto, cuando se habla del reciente *hemispheric turn* (estudios hemisféricos) que sale de una reorientación de los estudios americanos de los departamentos de inglés, también podríamos hacer la misma pregunta, pero con mayor suspicacia.

Con ocasión de cumplirse el centenario de la guerra cubano-española en 1998, muchas investigaciones norteamericanas empezaron a tener un interés hemisférico, lo que produjo una de las tantas crisis en la disciplina de los

<sup>6</sup> Véase Briggs, 2010. Es una de las investigaciones más sugerentes del comparatismo contrastivo transhemisférico, por ejemplo, al poner en paralelo figuras coetáneas, como el venezolano Simón Rodríguez y Thomas Paine, el peruano Vidaurre y Emerson, estableciendo redes sincrónicas transnacionales y trasatlánticas para destacar cómo inquietudes similares en los intelectuales, producen discursos y reflexiones distintas.

*American Studies*, a lo que se sumaba el cuestionamiento de la categoría de nación; la intensificación de las migraciones transhemisféricas y transoceánicas; los fenómenos diaspóricos; el problema de fronteras, lo que puso en evidencia las culturas colonizadas por los Estados Unidos, y la cuestión de los ciudadanos que pasan de una nación a otra sin desplazarse. En otras palabras, todos estos fenómenos desestabilizaron la homogeneidad del canon literario en “inglés” monopolizado por una sola tradición. También se sumaba otro centenario: la conmemoración en 1995 de la muerte de José Martí, ya ampliamente conocido en el campo, y que lo convirtió en bandera de un pannacionalismo hemisférico. *Nuestra América* sirvió para hacer diversas lecturas, y por consiguiente para trazar diferentes perspectivas para abordar los “estudios hemisféricos” o “interamericanos”.

La incomodidad entre los latinoamericanistas de la academia norteamericana no tardó en manifestarse, más aún si se originaba en los departamentos de inglés e historia, ya que bien podía tratarse de la última versión enmascarada de la Doctrina Monroe. En respuesta al *hemispheric turn*, Sophia McClennen, en su artículo “Inter-American Studies or Imperial American Studies?” (2005), expresó que este giro es un movimiento abiertamente invasivo en el rico canon latinoamericano: “Latinoamericanists might see such a move as signaling a transition from covert to overt invasion of the rich Latin American canon [...]. What would an inter-American studies housed in English and History departments in the United States and taught by monolingual faculty be, if not an example of US intellectual expansionism?” (McClennen, 2005: 394 y 402).

Rodrigo Lazo por su parte, desde una perspectiva más escéptica y no menos crítica, apuntaba, y no sin razón, que “no existe una América hemisférica *per se* [...]. Cada cierto tiempo emerge una nueva imagen, que modifica la anterior. América es reinventada y resurge como un fantasma [...]. Esta invención es temporaria, *a being-for-the-moment*, y luego se adormece y vuelve a reaparecer en forma modificada” (Lazo, 2013: 757).<sup>7</sup> Para Lazo los estudios hemisféricos no son viables por el anglocentrismo lingüístico que permea esta academia y la inexistencia aún de un archivo que respalde el campo:

For scholars starting in American (US) studies or English departments, the limits of US-centric, Anglophone academic training preclude the formation of a hemispheric American project [...]. It is a problem when approaches to the Americas do not address the complexities introduced by the Caribbean, a region that includes French, Dutch, English, and Hispanic traditions and historical contexts” (Lazo, 2013: 755 y 758. Dejo a propósito la cita en el idioma original).

<sup>7</sup> La traducción es mía.

Creemos que la cuestión clave está —como lo señaló Enrico Mario Santi entre otros— en no perder de vista las circunstancias políticas en que Martí escribió su emblemático ensayo: recordemos que el gobierno norteamericano estaba organizando los Congresos Panamericanos (1889-1890 y 1891-1892), y para ello Washington convocó previamente a representantes de varios países hispanoamericanos con el propósito de acordar un consenso unitario para establecer un solo tratado comercial que velara por los intereses del “hemisferio occidental”. Las gestiones que por su parte hizo Martí para lograr apoyo para la causa cubana —anticolonialista y luego antiimperialista— no corrieron con suerte. Por consiguiente, y esto ha sido cuidadosamente trabajado por especialistas en temas martianos, permite varias apropiaciones del pronombre “nuestro/a”, entre ellas: una, la que referenda una sola “América” para los intereses expansivos anglosajones; y otras, provenientes de lecturas más disidentes hechas por investigadores que han tenido un lugar marginado y dislocado dentro de los mismos departamentos de inglés e historia resintiendo la discriminación de sus trabajos (Belnap y Fernández, 1998).

Y nos referimos a los intelectuales de las culturas minoritarias, puntualmente a los US latinos, que han tenido una relación complicada con el Estado-nación de los Estados Unidos, como también con sus literaturas: una relación problemática con el canon de la literatura “americana”, configurado a partir de ciertas obras “fundacionales” en inglés, que permitieron escribir una historiografía literaria nacional a partir de cierto momento relacionado con la consolidación del Estado-nación anglosajón en la segunda mitad del siglo XIX con la anexión de varios territorios, entre ellos Louisiana, Texas, Arizona, Nuevo México, Puerto Rico, Filipinas, Guam, por indicar algunos. A despecho de la tan repetida fórmula de que es “una nación de inmigrantes” (sin aclarar de qué inmigrantes se trata), se han silenciado otras culturas (indígenas, hispanas y latinas, de origen africano, asiáticas, etc.). Y es aquí donde se intersecta la crisis que generan en la disciplina los grupos minoritarios con la lectura de Martí. Son acaso fundacionales al respecto el antes citado libro de José David Saldivar, *The Dialectics of Our America. Genealogy, Cultural Critique, and Literary History; José Martí's “Our America”* (1991); *From National to Hemispheric Cultural Studies* (1998) de Jeffrey Belnap y Raúl Fernández; de Kirsten Silva-Gruesz, *Ambassadors of Culture: The Transamerican Origins of Latino Writing* (2002); y el más reciente, por su pertinencia particular, *The Latino Nineteenth Century* (2016) de Rodrigo Lazo y Jesse Alemán, para sólo referir lo más granado. A esto habría que agregar el trabajo sostenido que ha venido haciendo el *Recovery Project (Recovering the U.S. Hispanic Literary Heritage)* dirigido por Nicolás Kanellos, que desde 1991 ha estado dedicado a la reconstrucción del archivo de las expresiones de la palabra hispano-latina

en el hemisferio norte. Y este esfuerzo arqueológico es lo que les ha permitido a estas literaturas mirarse en un espejo que desconocían (y desconocen), porque les devuelve un pasado literario distinto (hispanófono) a la genealogía trazada por la literatura hegemónica (anglófona), e interrogar con esa mirada desfasada su estatuto.

Para nuestro interés, son los estudios US latinos (“Latino/a studies”) los que más se han beneficiado con el legado martiano y la teoría crítica del latino-americanismo, lo que les ha llevado a pensar que el *corpus* de la literatura americana debe integrar también “otras” literaturas, y replantear esta literatura en su pluralidad no sólo lingüística, sino racializada, subalternizada, con huellas de una colonialidad transmoderna, y con un doble estatuto de inscripción: poder pertenecer tanto a la literatura nacional hegemónica, como adscribirse a otras literaturas de origen hispano/latino-americano, e interconectar, por ejemplo, con las tradiciones literarias mexicana, centroamericana y del continente latinoamericano.

Hoy por hoy la literatura US latina está configurada por un *corpus* denso e institucionalizado. Así como también heterogéneo no sólo por sus variables intrínsecas: algunas de larga data sin ser producto de un desplazamiento geográfico; otras como resultado de las sucesivas olas migratorias, de los llamados los “otros latinos”. En cualquier caso, su anclaje identitario no puede ser resuelto con un fácil encasillamiento, sobre todo cuando muchos de los textos en el siglo XIX preceden no sólo a la formación del Estado nacional, sino que el término mismo de “latino” sería un anacronismo. Es decir, para dar ejemplos que la crítica ha trabajado, no se puede considerar ni a Martí ni al poeta cubano José María Heredia como protolatino, o a la novela *The Life and Adventures of Joaquín Murieta* de John Rollin Ridge, cuyo protagonista nace en México y cuya vida transcurre en los Estados Unidos como protolatino, o la memoria del chileno Vicente Pérez Rosales, que vino a California con el auge del oro y que luego regresó a su país, como parte de la literatura de los californios, o el caso de la mexicano-californiana María Amparo Ruíz de Burton, casada con un general anglosajón, que escribió su novela en inglés, o los no pocos intelectuales de las élites de la América del Sur (como Manuel Lorenzo de Vidaurre, Félix Varela, Vicente Rocafuerte, Santiago Felipe Puglia), que pasaron años en Filadelfia, atraídos por la intensa vida editorial, para publicar sus obras en esa ciudad, o las investigaciones más recientes de Raúl Coronado, que demuestran, a través de un acucioso trabajo de archivo, cómo Texas organizó hacia 1812 su independencia de México a través de una guerra de papeles en español —proclamas, hojas sueltas, manuscritos, cartas, manifiestos, diarios, ensayos— publicados en los periódicos *El Bejareño* y *El Ranchero* en San Antonio, donde los hermanos José Antonio y José Bernardo

Gutiérrez de Lara tuvieron un papel protagónico, o finalmente a *A World Not to Come* (2013), como reza el título del libro, una nación texana que se soñó brevemente como patria libre para ser anexada a la nación anglosajona. Éstos y otros ejemplos configuran un *corpus* que si bien puede y debe ser tomado en cuenta como parte de un proceso genealógico y constitutivo de la historia de estas literaturas de la América del Norte, tampoco puede ser catalogado como plataforma originaria de lo “latino”.

El problema que se abre aquí, y sobre todo con ese archivo de finales del XVIII y XIX, es la interrogante respecto de en cuál tradición historiográfica inscribir tanto la masa de textos más o menos fragmentarios, como sus autores y el lugar de publicación de las obras. ¿Quién reclama y reconoce ese pasado como parte de su historia identitaria? Sin duda que si el ángel de estas historias mirara hacia atrás no podría visualizar una narrativa teleológica de estos procesos culturales, tampoco quizás su ruina, sino su interdicción, procesos fragmentados, diseminados.

Se va haciendo cada vez más notorio que este siglo XIX se presenta como un espacio intersticial, una zona de contactos, de flujos, porque el hemisferio de las Américas fue un continente en ebullición desde 1770 hasta 1898, donde el antiguo régimen hacía agua pero donde ni las fronteras estaban delimitadas, ni las naciones establecidas.

Obligado es por tanto un esfuerzo epistemológico y tener presentes hermenéuticas pluritópicas para pensar a contracorriente. Lejos de imponer la idea de nación, o de etiquetas inapropiadas para expresiones fraguadas a la luz de otras dinámicas históricas, o el afán de catalogación, o periodizaciones ya fijadas por la historia oficial, importa, como insiste Raúl Coronado, observar primero, el lugar de locación de las imprentas, qué se publicaba, y cómo circulaban los impresos (sin duda que en Filadelfia a finales del XVIII y sobre todo a lo largo del XIX había una comunidad hispana lectora, que luego se amplió hacia Nueva York y Boston); segundo, el estado fragmentario del archivo, lo que implica su dispersión, donde es preferible hablar de “textualidades” múltiples (y en español) que combinan el impreso verbal con el ilustrado, y no los formatos genéricos al uso; tercero, las distintas procedencias de los sujetos que publicaban, representantes de comunidades nativas hispanas asentadas desde el siglo XVII y XVIII (como las de Texas, Nuevo México, California, Louisiana), diplomáticos (como el Marqués de Casa Irujo y el Cónsul Valentín de Foronda de España), políticos (como Francisco de Miranda, Simón Rodríguez, Simón Bolívar, Pedro Gual, Juan Bautista Picornell, el General José Antonio Páez), empresarios, viajeros procedentes de distintos países hispanoamericanos (como el peruano Vidaurre y el argentino Sarmiento), que pasaron brevemente o permanecieron varios años en ciudades como Filadelfia, Nueva Orleans, Tampa, Nueva York, Washington; cuarto, como consecuencia de todo esto, la variedad

de identidades que se puede encontrar a finales del siglo XIX en los impresos: mexicano-americanos, mexicanos expatriados, mexicanos exiliados, californios, tejanos, hispanoamericanos, chicanos, pachucos, cholos, pochos, lo que indica a su vez los riesgos de cualquier homogeneización reduccionista; quinto, se trata de comunidades de origen hispánico que pasaron de una colonialidad a otra y por tanto siguen reproduciendo las consecuencias de ésta, lo que José Aranda ha calificado como una “modernidad alternativa”, porque al haberles sido sustraída la tierra como epicentro de pertenencia han sido comunidades dislocadas, y que, por tanto, vivieron (y viven) una “modernidad sustraída” (*modernity of subtraction*). Y cito con sus palabras:

But in general I'm trying to describe a process where Modernity maintains itself by subtracting (taking, stealing, nullifying) from those who are Not Privileged (women, people of color, not European, not Christian) and giving resources, wealth, status, power, authority, legitimacy to the Privileged (white, European, male, Christian). And also a belated phenomenon where one version of Colonial Modernity subtracts the artifacts and instruments of Modernity from a weaker Colonial Modernity (Aranda, 2016: 146-147).<sup>8</sup>

Por último, y sexto, para volver a retomar los planteamientos de Raúl Coronado, este autor sugiere abandonar las narrativas triunfalistas al historizar las (no) formaciones nacionales, más aún si se trata de proyectos fallidos. Poder asumir el pasado como ruina, como historias postfundacionales y que la historiografía tradicional ha silenciado. En el caso de la historiografía literaria US latina hay que pensarla fuera de las lógicas de la nación y escribirla en términos no teleológicos, sin escatimar su larga historia de resistencia (Coronado, 2016: 49-70).

Si volvemos a considerar el tema de los estudios hemisféricos o interhemisféricos dentro del campo de la literatura US latina del siglo XIX, creo que se trata de un enfoque hemisférico bastante *sui generis*. A mi modo de ver, se está cuestionando tanto el canon como la historización que la perspectiva hegemónica ha hecho del campo y sus operaciones discriminatorias en aras de un monopolio anglosajón. Se ha estado confrontando —lo que es ya más familiar para los latinoamericanistas— la específica heterogeneidad y diglosia intrínsecamente constitutivas de esas literaturas, que a su vez no pueden ser asimiladas ni a la tradición literaria anglófona, ni tampoco a las latinoamericanas. Transcurre por una etapa arqueológica de composición de lugar, enfrentando la dispersión de textos como la discontinuidad e interrupciones de una cultura dada en dos lenguas, amén de tener que reconfigurar su pasado no en términos

<sup>8</sup> La cita procede de un intercambio personal por correo electrónico de mayo del 2017, y que su autor gentilmente me autoriza reproducir aquí.

patrilineales (herencias de grandes obras en inglés), sino de una genealogía matrilineal, si por ello podemos entender protagonismos múltiples y “menores” que quedaron dispersos y en la sombra (Buarque de Hollanda, 2014: 47-57). Sin duda que se trata de “otra” América más cercana a la “nuestra”.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, Giorgio (2014), “¿Qué es lo contemporáneo?”, en *Desnudez*. Mercedes Ruvituso y María Teresa D’Meza (trad.). Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 20-28.
- AGUIRRE, Robert D. (2005), *Informal Empire. Mexico and Central America in Victorian Culture*. Minneapolis: Minnesota University Press.
- ANGENOT, Marc (2010), *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Hilda H. García (trad.). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- ARANDA, José (2016), “When Archives Collide: Recovering Modernity in Early Mexican American Literature”, en LAZO, Rodrigo y ALEMÁN, Jesse (eds.), *The Latino Nineteenth Century*. Nueva York: New York University Press, 146-167.
- ARDAO, Arturo (1980), *Génesis de la idea de América e idea de América Latina*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.
- (1993), *América Latina y la latinidad*. México: UNAM.
- BAUER, Ralph (2005), *The Cultural Geography of Latin American Literatures: Empire, Travel, Modernity*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (2009), “Hemispheric Studies”, *PMLA*, CXXIV. 4 (enero): 234-250.
- BELNAP, Jeffrey y FERNÁNDEZ, Raúl (eds.) (1998), *José Martí’s “Our America”. From National to Hemispheric Cultural Studies*. Durham: Duke University Press.
- BRICKHOUSE, Anna (2004), *Transamerican Literary Relations and the Nineteenth-Century Public Sphere*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BRIGGS, Ronald (2010), *Tropes of Enlightenment in the Age of Bolívar. Simón Rodríguez and the American Essay at Revolution*. Nashville: Vanderbilt University Press.
- BUARQUE DE HOLLANDA, Heloisa (2014), “El mutuo impacto entre la historiografía literaria y los estudios culturales”, *Cuadernos de Literatura*, 36 (julio-diciembre): 47-57.
- BUELA, Alberto (1996), “América y sus nombres”, en *Hispanoamérica contra Occidente. Ensayos Iberoamericanos*. Madrid: Barbarroja, 27-34.
- BURKE, Peter (2000), *Formas de historia cultural*. Belén Urrutia (trad.). Madrid: Alianza Editorial.



- (2013), *Hibridismo cultural*. Madrid: Ediciones Akal.
- CONWAY, Christopher (2015), *Nineteenth-Century Spanish America. A Cultural History*. Nashville: Vanderbilt University Press.
- CORNEJO POLAR, Antonio (1987), “La literatura latinoamericana y sus literaturas regionales y nacionales como totalidades contradictorias”, en PIZARRO, Ana (coord.), *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México: El Colegio de México y Universidad Simón Bolívar, 123-136.
- CORONADO, Raúl (2013), *A World Not to Come. A History of Latino Writing and Print Culture*. Cambridge: Harvard University Press.
- (2016), “Historicizing Nineteenth-Century Latino/a Textuality”, en LAZO, Rodrigo y ALEMÁN, Jesse (eds.), *The Latino Nineteenth Century*. Nueva York: New York University Press, 49-70.
- CRUZ, Juan (2017), “La increíble historia de la vedete más chica del mundo”, *El País* (Madrid, 24 de mayo). Disponible en: [https://elpais.com/cultura/2017/05/11/actualidad/1494518857\\_991256.html](https://elpais.com/cultura/2017/05/11/actualidad/1494518857_991256.html)
- ECHEVERRÍA, Bolívar (1995), *Las ilusiones de la Modernidad*. México: UNAM/El Equilibrista.
- (comp.) (2005), *La mirada del ángel. En torno a las Tesis sobre la historia de Walter Benjamin*. México: UNAM y Ediciones Era.
- FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe (2003), *The Americas. A Hemispheric History*. New York: Modern Library.
- GLISSANT, Édouard (1997), *Poetics of relation*. Betsy Wing (trans.). Michigan: Michigan University Press.
- GONZÁLEZ-STEPHAN, Beatriz (1985), *Contribución al estudio de la historiografía literaria hispanoamericana*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- (2001), *Escribir la historia literaria: capital simbólico y monumento cultural*. Barquisimeto-Venezuela: Universidad Nacional Politécnica Antonio José de Sucre, Ediciones del Rectorado.
- GRUESZ-SILVA, Kirsten (2002), *Ambassadors of Culture: The Transamerican Origins of Latino Writing*. Princeton and Oxford: Princeton University Press.
- GUTIÉRREZ, Ramón y PADILLA, Genaro (eds.) (1993), *Recovering the U.S. Hispanic Literary Heritage*. Volumen 1. Houston: Arte Público.
- HANKE, Lewis (1964), *Do the Americas Have a Common History? A Critique of the Bolton Theory*. Nueva York: Alfred Knopf.
- KLOOSTER, Wim (2009), *Revolutions in the Atlantic World. A Comparative History*. Nueva York: New York University Press.
- LAVANDER, Caroline F. y LEVINE, Robert S. (eds.) (2008), *Hemispheric American Studies*. New Brunswick: Rutgers University Press.

- LAZO, Rodrigo J. (2008), “‘La Famosa Filadelfia’: the Hemispheric American City and Constitutional Debates”, en LAVANDER, Caroline F. y LEVINE, Robert S. (eds.), *Hemispheric American Studies*. New Brunswick: Rutgers University Press, 57-74.
- (2013), “The Invention of America Again: On the Impossibility of an Archive”, *American Literary History*, XXV. 4: 751-771.
- y ALEMÁN, Jesse (eds.) (2016), *The Latino Nineteenth Century*. Nueva York: New York University Press.
- LOSADA, Alejandro (1986), “Modernidad y literatura en América Latina”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, número monográfico, 24: 7-242.
- MCCLENNEN, Sophia (2005), “Inter-American Studies or Imperial American Studies?”, *Comparative American Studies*, III. 4: 393-413.
- MIGNOLO, Walter D. (2005), *The Idea of Latin America*. Malden-Oxford-Victoria: Blackwell Publishing Ltd.
- O’GORMAN, Edmundo (1958), *La invención de América*. México: Fondo de Cultura Económica.
- PIZARRO, Ana (coord.) (1987), *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México: El Colegio de México-Universidad Simón Bolívar.
- (coord.) (1993-1995), *América Latina. Palavra, Literatura e Cultura*. 3 vols. São Paulo: Fundação Memorial da América Latina.
- RODRÍGUEZ, Ileana y ZIMMERMANN, Marc (eds.) (1983), *Process of Unity in Caribbean Society: Ideologies and Literatures*. Minneapolis-Minnesota: Institute for the Study of Ideologies and Literatures.
- SALDÍVAR, José David (1991), *The Dialectics of Our America. Genealogy, Cultural Critique, and Literary History*. Durham y Londres: Duke University Press.
- SÁNCHEZ, Luis Alberto (1973-1976), *Historia comparada de las literaturas americanas*. 4 vols. Buenos Aires: Editorial Losada.
- SOLER, Jordi (2017), *El cuerpo eléctrico*. Barcelona: Alfaguara.
- SPERANZA, Graciela (2012), *Atlas portátil de América Latina*. Barcelona: Anagrama.
- VALDÉS, Mario J. y KADIR, Djelal (eds.) (2004), *Literary Cultures of Latin America. A Comparative History*. Oxford-New York: Oxford University Press.